

RAPIDA



Allá en lo más alto y culminante de la montaña, esquivo entre el espeso ramaje de los árboles, se asienta un caserío de paredes enjalbegadas con cal; cuatro ventanas ostenta por único ornato y decoración su fachada, de no muy entonada arquitectura, formando caprichoso contraste con el blasón que, empotrado sobre el marco de la puerta de entrada, pregona el abolengo y alcurnia de aquella mansión. Abajo destácase un puñado de edificios de grotesca construcción envuelto entre el remolino del humo que impide ver y gozar de la belleza y nitidez del firmamento; por un lado corre afanoso el mónstruo de coraza de hierro y vientre de fuego; por el otro, plácido y sereno se espacia el mar, moviéndose raudas sobre sus blandas olas, en alegre jugueteo, pequeñas embarcaciones.

*
* * *

Una anciana de rostro seco y apergaminado, vestida con sencillez que encanta, asómase á la puerta del tranquilo caserío. Al propio tiempo, un caballero apuesto y elegante, con empaque de aristócrata, llega á donde está la anciana, quien contempla con aturdido espíritu al visitante.

—¿Qué haceis aquí buena mujer?, le dice éste. ¿No os aburre vivir así, sola, en este apartamiento, sin gozar más de la vida, como si por anticipado quisierais escuchar al atentado pisoteo de la muerte en la fria soledad de este rincón?

—¿Aburrirme? No. ¡Oh, cuál se goza aquí, sin afanes ni contrarios deseos; con el alma tranquila y el corazón sosegado!

—De seguro que no habeis traspasado los lindes de este caserío.

—Así es; en este retiro nací; en aquella iglesiuca me bautizaron. No pido á Dios otra gracia que la de dejar mis huesos también aquí.

—No os apruebo el gusto. Decidme: Cuando contemplais desde estas alturas el vertiginoso correr de la locomotora que traspasa los montes, vadea los ríos y cruza los reinos, ¿no os avizora el deseo de probar las comodidades que ofrece para viajar?

—Callad por Dios—Invención del diablo debe ser esa, para correr más de prisa al encuentro de la muerte.

—Y esa atmósfera de polvo y humo que se cierne sobre la población, ese hormigüeo de gente que llena plazas y calles, el rechinar de las máquinas, el clamoroso bullir de una multitud que se divierte y solaza, ¿no os entusiasma?

—Perdonad, buen hombre. Mis nietos han trabajado allí y perdieron su salud.

—Pero á lo menos ¿no podreis menos de contemplar con envidia el grandioso espectáculo que se ofrece á la llegada de un barco, que empujado por el viento y con las alas extendidas, se acerca al puerto, en medio de los vítores y aplausos de las gentes que henchidas de gozo, gritan, sonríen, se entusiasman al saludar á los seres queridos que vuelven de luengas tierras?

—¡Triste recuerdo el que me traeis á la memoria! En uno de ellos, se embarcó un hijo de mis entrañas, y en el seno de esas aguas tiene su sepulcro, sin una pobre cruz, sin una sóla flor.

—¿De suerte que os creeis dichosa con la vida que llevais?

—Dichosísima.

—Pues que Dios os la conserve por muchos años. Yo, por mí sé deciros que esta libertad y apacible calma del campo me seducen y encantan; que entretienen y regocijan mi espíritu la riqueza y colorido del paisaje, el dulce canto de las aves, la risa de la alboroda y el tranquilo adormecer del crepúsculo vespertino; pero en todo ello encuentro no sé qué de frío y monótono que subleva el alma, invitándola á otros más variados espectáculos y emociones. Es la sugestión del progreso.

—¡Oh cómo os ciega y engaña el oropel de la vanidad mundana!

—Será engaño, buena anciana; mas comprenderéis que son muchas las ventajas que ofrece la vida moderna en su progresión admirable. Escuchad. Mañana, tomaré ese tren que tanto os espanta, y en ménos de un día estaré en París. Allí pasaré ocho días, desde donde me trasladare á Suiza á invernar. Nada ha de faltarme en mi expedición;

comodidades, regalos, alegrías sin mezcla de dolor, ¿quereis acompañarme?

—Idos, idos en buena hora.—No os envidio.—Solo os pido un favor; que el año próximo no dejéis de visitarme. Muy grato me será escuchar de vuestros labios lo que habeis visto por esos mundos.

—Os doy palabra, que así lo haré.

—Abur.

—Abur.

*
* *

Han pasado veinticuatro horas. En la llanura, la locomotora deslízase ligera sobre el bruñido acero de los rieles; en dirección contraria asómase otra por la boca del túnel lanzando al aire bocanadas de negro humo salpicadas de chispas. De pronto, escúchase un ruido horrible, infernal; gritos, ayes que hienden los espacios con sus fúnebres acentos; tañen las campanas; corre enloquecida de aquí para allí la gente. ¡Horror! Los trenes han chocado... Apenas queda un superviviente de la catástrofe

.

.

*
* *

La anciana contemplaba fuera de sí el espectáculo desde una arboleda próxima al caserío. Horrorizada del caso, se acuerda del coloquio que sostuviera el día anterior con el visitante, levanta sus ojos al cielo y exclama con plañidera voz:

¡Oh progreso, cómo precipitas á la humanidad en pos de la muerte! Luego añadió. Pobre... Parecía tan bueno... ¡Y pensar que habrá sucumbido en la hecatombe!

Y dos lagrimones se escaparon por los canales secos de sus mejillas.....

IGNACIO BELÁUSTEGUI, *pbro.*

Villafranca Enero 1904.

